

DE LAS OBRAS DEL ESPÍRITU

1

Todo está dicho ya, y hemos llegado demasiado tarde al cabo de más de siete mil años que el hombre existe y piensa. En cuanto a las costumbres, lo más hermoso y lo mejor ha sido cosechado ya; no hacemos sino espigar entre los antiguos y en los más hábiles de entre los modernos.

2

Hay que aspirar únicamente a pensar y hablar justo, sin pretender conducir a los demás a nuestro gusto y a nuestros sentimientos; es ésta una empresa demasiado grande.

3

Hacer un libro es un oficio, como hacer un reloj; para ser autor hace falta algo más que inteligencia. Un magistrado iba por su inteligencia hacia la primera dignidad, era hombre agudo y práctico en los asuntos; ha dado a la imprenta una obra moral que resulta extraordinaria por su ridiculez.

4

No es tan fácil hacerse un nombre con una obra perfecta como hacer valer una mediocre por el nombre ya adquirido.

5

Una obra satírica o que contiene hechos y que se pasa bajo capa en condiciones de ser devuelta de la misma manera,

si es mediocre, pasa por maravillosa; el escollo es la impresión.

6

Si de muchas obras de moral se quita la advertencia al lector, la dedicatoria, el prólogo, el índice, las licencias, apenas quedan páginas bastantes para merecer el nombre de libro.

7

Hay ciertas cosas en las cuales resulta insoportable la mediocridad: la poesía, la música, la pintura, el discurso público.

¡Qué suplicio oír declamar pomposamente un frío discurso o pronunciar versos mediocres con todo el énfasis de un mal poeta!

8

Ciertos poetas son propensos, en la dramática, a las largas tiradas de versos pomposos que parecen fuertes, elevados y llenos de grandes sentimientos. El pueblo escucha ávidamente, con los ojos en blanco y la boca abierta; cree que le agrada esto, y, cuanto menos comprende, más lo admira; no tiene tiempo de respirar, sino apenas de gritar y aplaudir. Yo he creído en otro tiempo, en mi juventud, que estos pasajes eran claros e inteligibles para los actores, para el patio y para el anfiteatro; que los autores se entendían a sí mismos, y que, con toda la atención que yo prestaba a sus escritos, era culpa mía el no entenderlos; me he desengañado.

9

Apenas se ha visto hasta el presente que una obra maestra del espíritu sea obra de varios. Homero hizo *La Ilíada*; Virgilio, *La Eneida*; Tito Livio, sus *Décadas*, y el Orador romano, sus *Oraciones*.

10

Hay en el arte un punto de perfección, como lo hay de bondad o de madurez en la Naturaleza. El que lo siente y lo ama tiene un gusto perfecto; el que no lo siente y gusta de un más acá o un más allá, tiene el gusto defectuoso. Hay, pues, un buen y un mal gusto, y con razón se discute sobre gustos.

11

Entre los hombres hay mucha más vivacidad que gusto; mejor dicho, existen pocos hombres en quienes la inteligencia vaya acompañada de un gusto seguro y de una crítica certera.

12

La vida de los héroes ha enriquecido la Historia, y la Historia ha embellecido la vida de los héroes; por eso no sé quién debe más a quién: si los que han escrito la Historia a los que les han proporcionado materia tan noble, o estos grandes hombres a sus historiadores.

13

Montones de epítetos, malas alabanzas; son los hechos los que alaban y no la manera de contarlos.

14

Todo el talento de un autor consiste en definir bien y pintar bien. Moisés¹, Homero, Platón, Horacio, Virgilio, sólo por sus expresiones y por sus imágenes están por encima de los demás escritores; hay que expresar la verdad para escribir naturalmente, reciamente, delicadamente.

1. N. del A. Aun considerándose sólo como un hombre que ha escrito.

Se debiera hacer con el estilo lo que se ha hecho con la arquitectura. Ha sido enteramente abandonado el orden gótico, que la barbarie había introducido en los palacios y en los templos; se ha vuelto al dórico, al jónico y al corintio; lo que ya sólo se veía en las ruinas de la antigua Roma y de la vieja Grecia, otra vez moderno, resplandece en nuestros templos y en nuestros peristilos. De la misma manera, en el arte de escribir, sólo se volvería a lo perfecto y, si es posible, a superar a los antiguos, imitándolos.

¡Cuántos siglos han transcurrido antes de que los hombres, en las ciencias y en las artes, hayan podido volver al gusto de los antiguos y recobrar, al fin, lo sencillo y lo natural!

Nos nutrimos de los antiguos y de los buenos modernos, los estrujamos, sacamos de ellos todo lo que podemos y de ellos llenamos nuestras obras. Y cuando, al fin, somos autores y nos parece que podemos andar solos, nos rebelamos contra ellos, los maltratamos, como esos niños despabilados y robustos gracias a la buena leche que han mamado, y que luego pegan a sus nodrizas.

Un autor moderno demuestra que los antiguos nos son inferiores en dos aspectos: por razón y por ejemplo; saca la razón de su gusto personal y el ejemplo de su obra.

Confiesa que los antiguos, aunque sean algo desiguales y poco correctos, tienen cosas bellas; los cita y son tan hermosos que nos hacen leer su crítica.

Algunos inteligentes se pronuncian en favor de los antiguos contra los modernos; pero son sospechosos, porque sus obras siguen demasiado el gusto de la antigüedad; los recusamos.

Debería gustarnos leer nuestras obras a los que saben bastante para corregirlas y estimarlas.

No querer ser aconsejado ni corregido en su obra es una pedantería.

Un autor debe recibir con igual modestia los elogios que la crítica de sus obras.

17

Entre todas las diversas expresiones que puedan traducir uno solo de nuestros pensamientos, no hay más que una que sea la buena. No siempre la encontramos al hablar o escribir, y, no obstante, es indudable que existe, que cualquier otra es floja y no satisface a un hombre inteligente que quiera hacerse comprender.

Un autor bueno y que escribe cuidadosamente suele comprobar que la expresión que él buscaba desde hacía tiempo sin encontrarla, y que, al fin, ha encontrado, era la más sencilla, la más natural, la que debía haber surgido la primera y sin esfuerzo.

Los que escriben caprichosamente se ven obligados a retocar sus obras; como el capricho no es siempre fijo y varía en ellos según las ocasiones, se desencariñan pronto de las expresiones que más amaron.

18

La misma exactitud inteligente que nos lleva a escribir cosas buenas nos hace temer que no lo sean bastante para merecer el ser leídas.

Un talento mediocre cree escribir divinamente; un talento sólido cree escribir razonablemente.

19

«Me comprometieron —dice Aristo— a leer mis obras a Zoilo; lo hice. Primero le gustaron, antes de que le diera tiempo de encontrarlas malas; las elogió moderadamente en mi presencia, y después, no las alabó delante de nadie.

Le disculpo, y no pido más a un autor; hasta le compadezco por haber escuchado cosas bellas que él no ha hecho».

Los que, por su condición, están libres de los celos de autor, tienen o bien pasiones o bien necesidades que los distraen y los hacen fríos ante las concepciones ajenas; casi nadie, por la disposición de su inteligencia, de su corazón o de su fortuna, se encuentra en estado de entregarse al placer que proporciona la perfección de una obra.

20

El placer de la crítica nos priva de la emoción de muy bellas cosas.

21

Muchas personas llegan hasta estimar el mérito de un manuscrito que les leen; pero no son capaces de declararse en su favor hasta ver el curso que alcanzará en el mundo una vez impreso, o cuál será su suerte entre los entendidos; no aventuran sus sufragios y quieren ser conducidos por el vulgo y arrastrados por la multitud. Luego dicen que fueron los primeros en aprobar esta obra y que el público es de su parecer.

Estas personas desperdician las mejores ocasiones de convencernos de que poseen capacidad y luces, de que saben juzgar, encontrar bueno lo que es bueno y mejor lo que es mejor. En sus manos cae una obra bella; es una obra primera, cuyo autor no se ha hecho todavía un gran nombre; no hay nada que prevenga en su favor; no se trata de hacerle la corte o de adular a los personajes aplaudiendo sus escritos; no se os pide, zelotes, que gritéis: «He aquí una obra maestra de la inteligencia; la Humanidad no puede ir más lejos; la palabra humana no puede llegar más alto; en lo futuro, sólo se podrá juzgar del gusto de una persona en razón del que sienta por esta pieza»; frases exageradas, asquean-

tes, que huelen a internado o a abadía, nocivas incluso para quien es digno de elogio y a quien se pretende elogiar, ¿Por qué no decir simplemente: «He aquí un buen libro». Lo decís, es cierto, con toda Francia, con los extranjeros como con vuestros compatriotas, cuando ha sido impreso en toda Europa y traducido a diversas lenguas; demasiado tarde.

22

Algunos de los que han leído una obra comentan ciertos rasgos cuyo sentido no han entendido, y los alteran, además, por lo que añaden de su cosecha; y estos rasgos así corrompidos y desfigurados, que no son sino sus propios pensamientos y expresiones, los exponen a la censura, sostienen que son malos, y todo el mundo conviene en que son malos. Pero el pasaje de la obra que estos críticos creen citar y que, en efecto, no citan, no es peor.

23

«—¿Qué nos dice usted del libro de Hermedoro? —Que es malo —contesta Antimio. —¿Qué es malo! —Tan malo, continúa, que no es un libro, al menos, que merezca que se hable de él. —Pero ¿lo ha leído usted? —No, dice Antimio». ¿Por qué no añade que Fulvia y Melania le han condenado sin haberle leído y que él es amigo de Fulvia y de Melania?

24

Arsenio, desde la altura de su talento, contempla a los hombres, y en la lejanía en que los ve, está como asustado de su pequeñez; elogiado, exaltado y elevado hasta los cielos por ciertas gentes que se han prometido admirarse recíprocamente, cree, con cierto mérito que tiene, poseer todo lo que se puede tener, y que él no tendrá nunca; ocupado y repleto de sus ideas sublimes, apenas se digna pronunciar algunos oráculos; elevado por su carácter por encima de los jui-

cios humanos, cede a las almas vulgares el mérito de una vida igual y uniforme, y él no es responsable de sus inconstancias sino ante el círculo de amigos que le idolatran; sólo ellos saben juzgar, saben pensar, saben escribir, deben escribir; no existe obra de talento, por bien recibida que sea en el mundo y por universalmente gustada de las personas decentes, no digo ya que él quiera aprobar, pero ni que se dignen leer, incapaz de ser corregido por este retrato, que de seguro él no leerá.

25

Teocrino sabe cosas bastante inútiles; tiene sentimientos siempre regulares; es menos profundo que metódico; ejercita su memoria, es distraído, desdeñoso, parece siempre reírse para sus adentros de los que él cree que no valen tanto como él. El azar ha querido que yo le lea mi obra, la escucha. Una vez leída, me habla de la suya. «Y de la vuestra —me diréis—, ¿qué piensa?». Ya os lo he dicho: me habla de la suya.

26

No existe obra tan completa que no se derrumbe enteramente bajo la crítica si su autor quisiera creer a todos los censores que quitan cada uno el pasaje que menos le agrada.

27

Se ha hecho la experiencia de que si hay diez personas que suprimen en un libro una expresión o un sentimiento, se encuentra fácilmente un número igual que los reclama. Dicen éstos: «¿Por qué suprimir ese pensamiento? Es nuevo, es bello, y la forma, admirable», y aquéllos afirman, por el contrario, o que habrían desdeñado esta idea, o que le habrían dado otra expresión. «Hay un término —dicen los unos— en su obra, que es un hallazgo y que pinta la cosa natural». «Hay una palabra —dicen los otros— que es aventu-

rada, y que, además, no expresa bastante lo que usted quiere acaso dar a entender»; y es el mismo rasgo y la misma palabra sobre lo que se explican de este modo, y todos son entendidos y pasan por tales. ¿Qué otro partido puede tomar un autor que el de atreverse, en consecuencia, a adoptar la opinión de los que le aprueban?

28

Un autor serio no está obligado a ocupar su inteligencia con todas las extravagancias, con todas las indecencias, con todas las malas palabras que se pueden decir y con todas las ineptas aplicaciones que se pueden hacer a propósito de algunos pasajes de su obra, y menos todavía a suprimirlos. Está convencido de que, por escrupulosamente exacto que sea en su manera de escribir, es inevitable la sátira fría de los burlones de mala especie, y de que, con frecuencia, las cosas mejores sólo les sirven para hacerles descubrir una simpleza.

29

A creer a ciertos ingenios vivos y terminantes, estarían de más las palabras para expresar los sentimientos; habría que hablarles por señas o hacerse entender sin hablar. Por mucho cuidado que se ponga en ser apretado y conciso, y por mucha reputación que se tenga de tal, todavía os encontrarán difusos. Hay que dejarles que lo suplan todo y no escribir más que para ellos. Deducen un período de la palabra que lo inicia, y de un período, todo un capítulo; apenas les habéis leído un solo pasaje de la obra, ya les basta; se hacen cargo y entienden la obra. Un tejido de enigmas les resultaría una lectura entretenida; y es para ellos una lástima que ese estilo lisiado que los transporta sea poco frecuente y que se avengan con él tan pocos escritores. Las comparaciones tomadas de un río cuya corriente, aunque rápida, es igual y

uniforme, o de un incendio que, impulsado por el viento, se extiende por un bosque consumiendo las encinas y los pinos, no les da ninguna idea de la elocuencia. Mostradles un fuego griego que los sorprenda o un relámpago que los deslumbré; ya no necesitan nada más.

30

¡Qué prodigiosa distancia entre una obra bella y una obra perfecta y regular! Ignoro si las ha habido aún de este último género. Acaso les es menos difícil a los escasos genios encontrar lo grande y lo sublime que evitar toda suerte de defectos. *El Cid* sólo obtuvo un voto a su nacimiento: el de la admiración; fue más fuerte que la autoridad y la política, que intentaron en vano destruirlo; puso de acuerdo en su favor talentos siempre divididos en opiniones y sentimientos: los grandes y el pueblo; todos coinciden en saberlo de memoria y en corregir en el teatro a los lectores que lo recitan. *El Cid*, en fin, es uno de los más hermosos poemas que puedan hacerse, y una de las críticas mejores que hayan sido hechas sobre asunto ninguno, es la de *El Cid*.

31

Cuando una lectura eleva el espíritu e inspira sentimientos nobles y denodados, no hay que buscar otra regla para juzgar la obra; es buena y hecha por mano experta.

32

Capys, que se erige en juez del buen estilo y que cree escribir como Bouhours y Rabutin, hace frente a la voz del pueblo y dice él solito que Damis no es un buen autor. Damis cede ante la multitud y afirma ingenuamente con el público que Capys es un escritor frío.